

La vuelta al SENA luego de 40 años

Reflexiones sobre el SENA 20 años después

The return to SENA after 40 years. Reflections on SENA 20 years later / De volta ao SENA depois de 40 anos. Reflexões sobre o SENA 20 anos mais tarde

Fernando Vargas Zúñiga¹

RESUMEN: Este es un relato sobre los resultados de la formación profesional, se refiere a cómo la viví esta experiencia y cómo sentí su la pedagogía, a cómo impulsó mi carrera laboral y ha sido un incomparable motor de movilidad y ascenso en mi vida. Estuve vinculado al SENA por 20 años, uno de ellos como estudiante, tres meses en pasantía y el resto como funcionario. Me desvinculé de la entidad SENA como funcionario hace también 20 años, pero debido por causa de a mi trabajo sigo de cerca su misión, desafíos y logros. Esta seguramente es una historia repetida para muchos, quizá sonará nueva para otros; pero, entre los millones de personas que día a día tienen la oportunidad de acceder a una fuente de conocimiento y capacidades, quizá algunos lectores encuentren parecidos, o temas de reflexión y, por qué no, de disenso. **Palabras clave:** SENA, formación para el trabajo, métodos educativos, formación profesional. **SUMMARY:** This is a narrative about the results of vocational training, which refers to how I lived this experience and how I felt the pedagogy, how it promoted my career and how it has been an incomparable motor of mobility and promotion in my life. I was linked to SENA for 20 years, one of them as a student, three months in an internship and the rest of time as an official. I detached myself from the entity as an official 20 years ago, but due to my work, I follow closely its mission, challenges and achievements. Surely this is a repeated story for many, perhaps it will sound new to others; but among the millions of people who every day have the opportunity to access a source of knowledge and skills, perhaps some readers will find issues of reflection and, why not, of dissent. **Keywords:** SENA, training for work, educational methods, vocational training. **RESUMO:** Este é um relato sobre os resultados da formação profissional. Conta como vivi esta experiência e como senti a pedagogia, como impulsou minha carreira e representa um incomparável motor de mobilidade e promoção na minha vida. Eu estive vinculado ao SENA por 20 anos, um deles como estudante, três meses como estagiário e os outros anos como funcionário. Deixei a entidade como funcionário há também 20 anos, mas devido ao meu trabalho, continuo envolvido na sua missão, desafios e conquistas. Esta é seguramente uma história repetida para muitos, tal vez parecerá nova para outros, porém entre os milhões de pessoas que dia a dia têm a oportunidade de acessar a uma fonte de conhecimento e capacidades, tal vez alguns leitores encontrem temas de reflexão e, provavelmente, de dissensão. **Palavras-chave:** SENA, formação para o trabalho, métodos educativos, formação profissional.

Fecha de recepción: 9 de mayo de 2017 / Fecha de aprobación: 5 de junio de 2017

DOI 10.24236/24631388.n4.2017.1069

Fotografía recuperada Memoria SENA <http://repositorio.sena.edu.co>



El SENA, su formación y mi carrera laboral y profesional

Ingresé al SENA como alumno del Centro de Técnicos Administrativos. Fue en el año 1977. El año anterior había terminado el bachillerato y por varias razones del destino, mi padre me insistió en que me inscribiera para hacer “Administración de empresas”.

El Centro de Administración era un pequeño edificio de unos 7 pisos en la Calle 52 casi Carrera 13, en Chapinero. Pasé de las aulas del bachillerato a las aulas de la formación profesional.

Hasta ahí nada nuevo, había un horario, había clases con inicio y fin marcado, una biblioteca y varios profesores. El Centro no tenía “Rector” sino “Superintendente” y la entrada y salida eran cuidadosamente resguardadas por celadores o vigilantes como se les llama hoy. Eso sí, no eran tercerizados, eran empleados públicos.

Y... ¿de qué se trataban las clases? Pues al igual que en el colegio, eran también por materias, introducción a la economía, contabilidad, matemáticas financieras, introducción a la administración. Una ejemplar muestra de un currículo basado en contenidos.

Casi no cambiábamos de salón, los profesores entraban y salían a cada clase. Por alguna razón, quizá por la novedad, recuerdo los nuevos temas de estudio como la “partida doble”, ese memorable invento de Fray Lucas Paciolo, sin el cual la contabilidad moderna no existiría. Agrego la novedosa materia de los promedios, las medianas y las modas; la estadística, una materia que aún hoy me sigue alegrando entender y como no mencionar los interminables embelecados matemáticos del interés simple

y compuesto, el valor presente neto y la tasa interna de retorno de las matemáticas financieras. Todo eso aún sin Excel, a pura calculadora CASIO, de led verdes que no se podían ver a la luz del día. Hombre! y casi me olvido de la clase más etérea pero no menos interesante: Ética. Si señoras y señores, linda materia que se enseñaba con ese nombre y con horas de clase.

Era un afortunado en conseguir educación gratuita en el SENA. Mi familia no tenía los recursos para seguirme costearlo, no la universidad, la vida misma. Eran cinco hermanos y los estrechos bolsillos de un tendero no aguantaban más. Al SENA fuimos todos, los cinco. Dos o tres años antes, mi hermana había iniciado el aprendizaje en Secretariado en el Centro Comercial Caracas y mi hermano mayor hacía aprendizaje en electrónica en el Centro de Electricidad y Electrónica de la carrera 30 con calle 18 sur. Luego, el menor hizo el Técnico en Mantenimiento Industrial y finalmente la menor, también hizo el aprendizaje en Secretariado.

Unos años después, ya como “Auxiliar de personal” del SENA me conocería de memoria los nombres y direcciones de los 18 centros de la regional Bogotá, sus superintendentes y casi todos sus supervisores.

Los nuevos métodos educativos el SIP, el MAE el TICATAC; una vieja historia sin fin

Corría el año 78 y los cándidos alumnos del SENA no sabíamos que se estaba gestando una transformación en la tecnología educativa que, sin embargo, no tardó en alcanzarnos.

Un buen día nos reunieron y nos contaron del SIP (Sistema de Instrucción Personalizada). De ahí en adelante aprenderíamos a

partir de objetivos y se terminaban las clases como las conocíamos, (sí, era 1978! y sí, el SENA era líder en renovación educativa, y bueno... veremos si funcionó).

Muchos años después ya en Uruguay, donde vivo ahora, me enteré que un tal Santiago Agudelo, quien a la sazón trabajara en el SENA, se había interesado en hacer una investigación sobre los nuevos métodos auto formativos que estaba implementando el SENAI en Brasil. Como resultado –no estoy seguro si esa fue la única fuente para el cambio– se implementaron diversas metodologías de formación individualizada.

El MAE era el “método autoformativo por entrevistas” y los docentes se centraban en verificar que el participante hubiese desarrollado los objetivos que los distintos módulos preveían a lo largo de su formación. Uno de los resultados que se destacan de este método era la extraordinaria multiplicación de la cobertura de los instructores que llegaban a atender más de 30 alumnos.

Nunca olvidé el nombre TICATAC “Técnica instruccional compuesta de autoformación con texto y análisis de casos” que generaba muchos comentarios justamente por estar basada en casos. Estos comentarios y otros que yo formulo, los escuché al año siguiente cuando inicié como pasante en el Departamento de Relaciones Industriales de la Regional Bogotá.

A nosotros nos tocó el SIP y recibimos unas muy bien elaboradas cartillas para avanzar en las diferentes materias. Recuerdo, por ejemplo estadística. El objetivo de una determinada cartilla era “dominar el concepto y el cálculo de las medidas de tendencia central”, la cartilla explicaba brevemente de qué se trataba el tema y sugería una bibliografía –un libro que todos

buscábamos de inmediato en la biblioteca- para prepararlo.

Simultáneamente se conocía un cronograma con el tiempo disponible para superar cada una de las cartillas. Cada alumno era libre de presentar las pruebas en una fecha de su conveniencia dentro de los plazos máximos y mínimos establecidos en el cronograma. Eran lindos gráficos Gantt que estaban en una pizarra en las aulas y en la biblioteca. Bastaba con acudir al instructor quien estaba disponible en ciertas horas conocidas y programar el día y hora de evaluación, por supuesto durante las horas disponibles podíamos contar con el instructor para resolver dudas, hacerle preguntas y a veces nos dictaba mini clases sobre los temas más difíciles.

Pues créanme que recuerdo muy bien –aprendí muy bien- estadística y toda basada en la lectura en grupos de hasta 5 o 6 alumnos, sobre los temas sugeridos en la cartilla, el préstamo obligado del libro en la biblioteca y lo mejor, en vez de clase nos juntábamos en grupos –a veces en la cafetería cercana- para avanzar en la unidad y en los ejercicios.

Veías tu avance en el cronograma y también el de los demás compañeros de curso, algunos se empezaron a rezagar, otros iban como bala. Cada uno aprendía a su ritmo, basado en su tiempo e interés por una u otra materia. Año 1978 estimados lectores, sin computadores, sin internet, con libros impresos y escasos, y solo el SENA y el SENAI tenían esa impresionante innovación.

El SIP se sostuvo, si mal no recuerdo por unos cuantos meses más. Recibíamos las cartillas, las estudiábamos y presentábamos las pruebas. Me gustaba esa dinámica, teníamos uno o más grupos según la materia, solo nos quejábamos por escases de ciertos libros en la biblioteca, pero era cosa de un día o dos de espera.

Después vinieron los desajustes y las discusiones y la necesidad de no crear un “ambiente de anarquía” con eso de que los alumnos tuvieran la iniciativa y no existiese un horario de clases. Alguien echó de menos la certeza envidiable de poder programar a los docentes a partir de horas dictadas y no de horas orientadas, algún otro denunció el “caos administrativo” que se generaba por tener el centro abierto todo el tiempo y no saber qué cuernos pasaba a una hora y en un aula determinada. Otro juicioso técnico se pudo haber quejado porque ya no sabría cómo diantres calcular el indicador de número de alumnos por instructor o del uso de aulas en las que no se dictaban clases. Hasta el celador echó de menos que no tenía ya autoridad para desalojar los salones vacíos al terminar las clases como lo hacía hasta hacía poco². A los ojos de un observador desprevenido aquello era un caos, gente a toda hora por los pasillos, filas en la biblioteca, grupos furtivos buscando una

mesa libre en la cafetería de al lado para completar el trabajo de la unidad, ¡y por fuera del Centro! ¡Herejía!.

Imagino a los colegas de la administración educativa, ¿cómo organizar ese caos de un centro educativo en el que no se dictaban clases y en el que los alumnos elegían a qué ritmo preferían aprender? ¿Cómo rendir cuentas de grupos, de notas al comienzo y al final, si ya no existía el grupo y cada alumno era su propio protagonista? Algo de ese ruido –y muy fuerte- debió llegar a la dirección porque no tardó en bajar una comunicación, o varias quizá, en las que se dejaba claro que no era la idea generar caos y que si eso era lo que estaba pasando entonces había que reverlo y analizarlo. Hay un buen párrafo al respecto en el estupendo volumen conmemorativo e histórico del SENA 50 años.

En suma, la prometedora y futurista aventura de los métodos auto formativos no prosperó. ¿Qué se puede decir de un método que prometía autonomía y daba toda la iniciativa al alumno, que cambiaba el rol del docente y que se basaba en resultados de aprendizaje? Que era innovador, que fue un enorme esfuerzo de muchos técnicos y docentes del SENA, que mostró la gran capacidad de cambio de esta querida institución, pero que no pudo tener continuidad y por ello, se dejó pasar 30 años antes, la posibilidad de hacer una de las más anheladas innovaciones en educación que muchas instituciones han logrado hoy y otras todavía buscan.

Y tal como solía suceder después de las vacaciones. ¡Retornamos a las clases! Se restableció el orden, se tranquilizaron los metodistas, volvió el horario de clases, se calmaron las aguas y los alumnos recobramos fácilmente la rápida rutina del leer, memorizar y pasar una prueba.

Algo parecido sucedió unos años después con el enorme trabajo realizado en la formación a distancia. La logística educativa no consiguió conciliarse con el ánimo innovador y su potencial. Los diseños y cartillas didácticas para la formación a distancia, tan buenas y tan instructivas, tuvieron tal cuidado y detalle en su elaboración, que si bien no fueron usadas debidamente en la formación a distancia, eran tan apreciadas por su calidad, que se compraban en las ventas de libros usados de la calle 19 a un precio módico, pues muchos las preferían para seguir aprendiendo cuando no lograban entrar al SENA, ni a la Hemphill School³.

El SENA un motor de acceso e inclusión social mediante la formación profesional

Cuando Rodolfo Martínez Tono concibió la idea del SENA, era apenas un joven recién egresado buscando –como pocos lo hacen- un tema genuino para su

trabajo de grado. Contó alguna vez Don Rodolfo, hombre hacedor, emprendedor y comprometido, que el nombre le vino en París, sentado frente al río que transcurre por los vericuetos de la ciudad luz. Realismo mágico pienso yo. Su idea fue tan buena, que tenía que enmarcarse en la bella reminiscencia de una ciudad de poetas, escritores y noches largas.

Lo que vine a saber luego es que ya en 1942, un tal Getulio Vargas, Presidente de Brasil, había aceptado una solicitud de los empleadores Brasileños y promulgado una ley creando el Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial, generando desde allí y para muchos años el ADN original de la que hoy llamamos “instituciones nacionales de formación profesional”.

Era América Latina un continente en construcción, mientras Europa lo era en re-construcción luego de la guerra. No teníamos los torneros, operarios, mecánicos, ajustadores y demás gentes del trabajo industrial que se reclamaban a montones, para elaborar partes y piezas, componer y reparar, armar y desarmar, en momentos en que la tecnología del norte estaba toda volcada en componer a la desecha Europa.

Y así pronto por toda la región se expandió ese vigoroso y bien financiado modelo de institución, autónomo, con patrimonio propio, financiado con aportes basados en las nóminas de pago de un empleo que crecía y crecía por todas partes, que veía aumentar la producción industrial pero también de los servicios y que pronto se metió también en el campo.

Un modelo integrador, inclusivo se dice hoy, y vaya si me consta. Me permitió pasar de recibir en 1977 los 2 o 3 pesos diarios para los buses que pasaba a pedirle al viejo, día a día, detrás de su mostrador de tienda de barrio; temprano en la mañana, cuando ya el panadero había dejado el enorme canasto con pan francés, mogollas y algunas otras variedades. Y cuando el camión de la leche había descargado el ruido de botellas de vidrio y canastas metálicas. Porque eran cuatro pasajes por día, dos por la mañana y dos por la tarde. Al medio día iba a la casa a almorzar y regresaba a las dos. ¡Que tiempos!

Al año siguiente, ya con un año del curso adelantado, por la suerte de una pasantía que casi no ligo, porque se otorgaban en orden alfabético y ya saben dónde va la “V”... pasé a recibir la enorme e inimaginable suma de \$3.996. Cobré el primer cheque en el Banco de Bogotá de la 10ª con Jimenez y por fortuna ya me habían advertido de cómo se hacía y cómo se evitaba el “paquete chileno” porque increíblemente, al poco de salir del banco escuché el ruido de papeles al caer y el cómplice y apenas audible “uy hermano, mire lo que nos encontramos”.

Llegué agitado a casa y así como recibí el cheque, se lo entregué al viejo, a quien no le cabía la sonrisa en la cara. Seguramente, en ese momento, papá

habrá recordado aquella mañana de un año atrás, en que, literalmente, me obligó a ponerme el mismo traje con el que había celebrado dos meses antes mi grado de “bachiller” y él, enfundado en su traje gris, me condujo casi que de la mano a hablar con alguien en la oficina de selección del SENA en la calle 54 con carrera 13. Había regresado yo con cara de susto, luego de ver las listas de admitidos en el SENA para iniciar en ese año, pues no encontré mi nombre publicado. Preguntaba e indagaba, no podía ser decía; él estaba seguro que su hijo no había perdido el examen de ingreso al SENA, de ninguna manera, me conocía bien desde chico y sabía que yo debería ser administrador, organizaba todo en la casa, era metódico, ordenado ágil con las palabras y los números y no había forma de que hubiera perdido ese examen. Nos tocó conocer a doña Mariela Pérez, la jefa de selección, atenta señora y con una sonrisa tan grande como amable, solicitó la revisión de mi prueba y no sé cómo el auxiliar de selección –cargo que yo ocuparía 4 o 5 años más adelante– encontró que había habido un error y que sí había pasado el examen. Por un pelo casi me pierdo la oportunidad de mi vida, muchas veces cuando lo recuerdo tengo la clara convicción de que sólo por la fe que me tenía el viejo estoy aquí, escribiendo estas líneas.

Luego del primer año del curso en el que se estudiaba de jornada completa, se debía hacer una pasantía, las horas de clase eran solamente tres al día, entre las 7 y las 10 am. Empecé el 6 de marzo de 1978 en el grupo de personal del departamento de relaciones industriales. Al poco tiempo en agosto recibí un nombramiento provisional como “auxiliar de personal”. Ahora que lo menciono, lo que había aprendido y las muestras de saber estadística y calcular salarios y prestaciones me valieron la confianza de mi jefa y la jefa de mi jefa, para pedir que se me encargara de auxiliar de personal durante la licencia de maternidad que empezaba en agosto de ese año doña Dora Rodríguez Mora, formadora, tutora y gran amiga por el resto de nuestras vidas.

Y así empezó la enorme movilidad del vehículo que fue el SENA para mí. Con un motor turbo de conocimientos, con tracción en todas partes, en la casa, en la vida y en el trabajo. Una aceleración que muchos jóvenes merecen sentir en eso que hoy se llama la transición de la escuela al trabajo y que para uno es la primera idea certera de que puede y tiene con qué ganarse la vida.

Claro, terminé el curso y la pasantía y recibí mi C.A.P en 1978. Quedé a las puertas de la Universidad y si no me pongo las pilas, me había pasado lo del camarón, que se duerme y se lo lleva la corriente. Solo ingresé a la Universidad en 1981. Me pasé tres años trabajando, ganando un nada mal sueldo, aprendiendo mucho pero sin estudiar. Fútbol,

cine, billar, bolos, en eso se iban dulcemente las tardes después de las 6 pm, y ese hubiese sido un gran error, de haber perdurado.

Alguna vez leí en la página Web del SENA muchas historias de egresados que han generado una carrera y una reputación profesional a partir de la formación profesional. Ví a un conocido chef en YouTube reconociéndolo; hace poco encontré a un chico menor de 25 años que está apoyando el desarrollo del sistema de información en una institución de formación en Chile, me he encontrado orgullosos y triunfantes egresados del SENA en América Central y a muchos otros trabajadores dentro y fuera de Colombia los he conocido y me han contado su historia en el SENA. Es enorme el potencial de esta institución y esto no es mi descubrimiento, lo clave es seguir llevándolo en la línea de su función y su misión. Acercando a quienes más lo necesitan sin olvidar que es en el trabajo, en las empresas y en el emprendimiento en donde se hace realidad la aplicación de las habilidades.

Llegué al SENA por absoluta necesidad y tuve la enorme suerte de que fuera gratuito y más aún, de terminar haciendo la pasantía en el SENA mismo. Lo demás es continuar llenando la cabeza de conocimientos, desarrollando habilidades, demostrando capacidad, siendo proactivo. El SENA es una institución modelo, venían de otras ramas de la administración pública a copiar nuestros manuales de procedimiento, nuestros procesos y nuestra tecnología administrativa.

El SENA un modelo para la región

Si bien el modelo formativo del SENA nunca ha sido estático, las demás actualizaciones fueron

“para ordenar la casa”. Los métodos de formación individual quedaron para la historia y se prepararon innovaciones en áreas como la concepción de una unidad técnica, un gran logro sin duda para el SENA que aún se sostiene con el Comité de Formación Profesional.

Luego a fines de los 90 el enfoque de competencias laborales irrumpió, con su promesa renovadora de cambiar los contenidos por los resultados del aprendizaje. Para llegar a un cambio de magnitud tan radical como el de los métodos autoformativos, habría que remontarse nuevamente hasta el período de 2000-2010 que ya viví de afuera de la institución y que resumo en el aprendizaje por proyectos, el uso masivo de las TIC en la formación y algunas otras iniciativas como la de aulas sin muros y la conformación de grupos interdisciplinarios conformados con jóvenes de distintas disciplinas trabajando en la solución de un problema práctico y real. Pero todo eso, ya lo vi desde fuera de la institución.

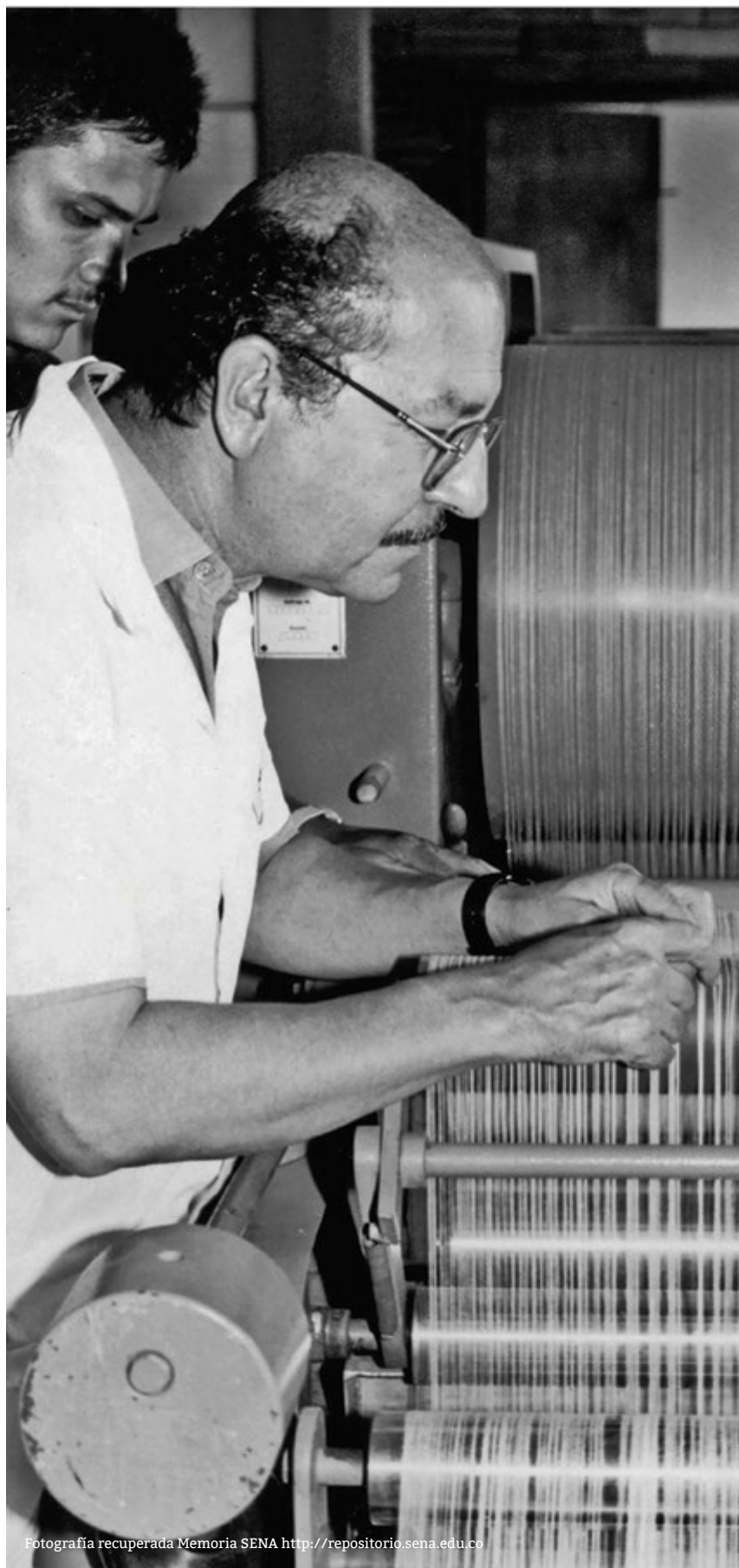
En efecto, en 1997 había logrado el título en Administración de Empresas (Externado 1986), la Especialización en Evaluación de Proyectos (Universidad de los Andes 1993) y un Diploma en Gerencia (Universidad de los Andes 1995). Me había presentado a varios concursos de selección y progresivamente había logrado pasar de Auxiliar de Personal a Auxiliar de Selección de Alumnos en el complejo de “Paloquemao”, de allí a Analista de Información en el Grupo de Personal nuevamente y luego a Analista en Planeación en la Regional. Cuando pude mostrar que podía calcular con alta precisión, usando “SuperCalc”, los gastos de personal en una vigencia presupuestal, obtuve un encargo como Asesor de planeación en la Dirección General del SENA, ese fue mi primer cargo de libre

nombramiento y remoción. Luego me ofrecieron montar el sistema de intermediación como Jefe de la División de Empleo y finalmente me nombraron Subdirector de Empleo en 1995. Siempre me alegro al recordar que estuve encargado casi dos semanas como Director General, mientras el titular asistía a la reunión bianual de OIT/Cinterfor en 1996.

18 años después de haber ingresado, y como 6 años después de haber aceptado un cargo de libre nombramiento y remoción, el flamante Director de entonces me preguntó a qué partido político pertenecía. Este buen hombre tenía encima toda la presión de quienes buscaban ocupar cargos luego del retiro intempestivo del partido conservador de sus posiciones en el gobierno, durante el famoso proceso 8000.

Había aprendido mucho del SENA, de sus procesos de educación, de formación, había estado varios años trabajando con docentes y supervisores y con “superintendentes” y me conocía gran parte de los talleres en varios centros por mi labor de selección de alumnos. El SENA fue una fuente invaluable y enorme de conocimiento profesional, una escuela gratuita que me dio la oportunidad de aprender, hacer carrera y de ganarme la vida, exactamente lo que necesitaba y para lo que fue creado.

Por esos años del proceso 8000, cuando ya era insostenible mi permanencia en la institución, tuve la oportunidad de hacer una primera consultoría corta en OIT/Cinterfor; no entro en detalles porque ese es tema para otra historia. Allí descubrí que ese aprendizaje, esos métodos juiciosos de trabajo del SENA, esa entrega de los docentes, esa preocupación por la calidad y el trabajo bien hecho que había visto en la mayoría de la gente con la que me topé, eran mi maleta de viaje para Montevideo.



Fotografía recuperada Memoria SENA <http://repositorio.sena.edu.co>

En 1997 iniciaron mis segundos 20 años en la formación profesional, acogido por la OIT y Cinterfor, una gran iniciativa para extender ese ADN de la formación por toda la gran América. En estos años, he recorrido toda la región, espero haber ayudado a muchas instituciones y he visto cómo, todos sin excepción, en el trabajo de formar y capacitar, entregan lo mejor de sí, instructores, técnicos, supervisores, todos comprometidos en la empresa de transferirle a los jóvenes y adultos nuevas capacidades, nuevas habilidades para que tengan un mejor empleo y mejores ingresos. El SENA es sin duda una referencia en la región, sus metodologías, sus avances y su trabajo pedagógico lo han sido y seguramente lo seguirán siendo.

Un SENA que es uno de los mejores inventos sociales en Colombia. Que demuestra día a día como abordar desafíos y encarar retos. Que a pesar de las adversidades sigue ampliándose y aceptando nuevas demandas. Que no se desliga de la innovación y que no olvida a los más necesitados. Ese SENA que ha cambiado tanto en 20 años pero que no deja de impresionarme y enseñarme y enseñar a otros y ya, hace mucho rato, trasciende fronteras.

Los desafíos para un nuevo SENA

Durante los cuatro lustros que estuve en el SENA, no llegó Internet. Llegaron sí las máquinas de escribir electrónicas con sus esferas en relieve, con sus mágicas cintas blancas que permitían corregir a una velocidad extraordinaria y maravillaban a las secretarías más antiguas. Se acabaron los mimeógrafos, aquel ardid de impresora con alcohol y papel amarillento, fue sustituido por las fotocopadoras. Todavía el memorándum era el amo y señor de todo lo que se hacía y decía institucionalmente, y juiciosos mensajeros recorrían los pasillos llevando y trayendo copias, originales, papel carbón y demás hojas con firmas, reclamos, pedidos, felicitaciones, informes que llenaban el cajón a la derecha del escritorio.

Pero todos éstos, comparados con lo que pasa hoy, fueron cambios lentos. A la formación profesional, luego del esfuerzo de la formación a distancia por correo; arribaron el TV y el Betamax⁴ con la promesa renovadora de poner al alcance de todos, nuevas olas de material audio-visual. Un centro o mejor un aula que no tuviese instalado un TV y un Betamax, no se veía bien, era anticuada. Se gastaron enormes sumas en esa dotación física y la “central didáctica” trabajó como nunca, desarrollando programas y grabando videos. Pero ahora en solo 10 años, atestiguamos cómo un teléfono inalámbrico se empezó a llamar celular y de ahí pasó a ser máquina fotográfica, calculadora, agenda, y ahora lo conocemos como teléfono inteligente y nos da acceso a plataformas, aplicaciones e infinitos contenidos educativos. Existen más de esos aparatos, que habitantes en las ciudades; se volvieron parte de la vida y del ocio, ¿porque no hacerlos también parte de la formación?

Eso que llamamos cambio tiene un factor común ahora que no es el cambio mismo, sino el extraordinario y vertiginoso ritmo al que está sucediendo y la forma en que está generando nuevas e inéditas cosas para hacer, maneras de divertirse y trabajar, nuevos artilugios que están definiendo los nuevos empleos y que probablemente en muy poco se parecerán a lo que hoy llamamos trabajo. Cada vez aplicamos más la cabeza y menos el músculo. Cada vez tenemos que descifrar más los ambientes, hacer equipos, analizar las tendencias y avanzar con las habilidades personales, resolviendo, indagando, comunicando, sugiriendo, innovando. La rutina de manejar un teclado, la convertimos en el día a día de los mensajes de texto y pasó de moda aquel infranqueable límite de 60 o más palabras por minuto con el que se solía seleccionar una buena mecanógrafa para dar paso a los que escriben con el pulgar, con tres dedos o menos y a las nuevas formas del lenguaje abreviado que a veces nos dejan perplejos.

Y ¿qué hacer con una institución concebida hace 60 años y que por mucho tiempo formó para esas “destrezas”? Pues, lo mismo que han hecho otras grandes organizaciones. Hay que reinventarse; hay que innovar; hay que hacer las cosas de otra manera. La gente aprende de otra forma y trabaja de otra forma; tenemos que desarrollar sus habilidades y capacidades en consonancia.

El SENA tiene en su ADN el trabajo en fábricas y talleres típico de las organizaciones para la producción en serie, las del “fordismo” y la producción en masa. Pero también tiene el de la innovación y el cambio continuo, y lo ha hecho como muy pocas instituciones en la región. Ese afán de mejorar, hacerlo diferente y dedicarse, que tienen mis

compatriotas, hay que seguirlo aplicando.

En eso solo me nace dejarles algunos desafíos o preguntas para pensar en un SENA para el Siglo XXI:

¿A qué tipo de demandas responder? ¿Cómo anticiparlas?

¿Formamos para ocupaciones o formamos para desarrollar habilidades para un empleo que cambia constantemente?

¿Qué tipo de alianzas realizar con las empresas para formar aprendices con más pertinencia?

¿Cómo usar más y mejor las nuevas tecnologías para enseñar y desarrollar competencias?

¿Cuál es el financiamiento más adecuado para la formación profesional en Colombia? ¿Cómo hacerlo sostenible?

¿Cómo seguir siendo un vehículo para el desarrollo productivo y a favor de la competitividad?

¿Cómo hacerlo sin descuidar a los carenciados y seguir contribuyendo a que los trabajadores colombianos tengan un trabajo decente y en paz?

Notas

- 1 Especialización en evaluación de proyectos, Universidad de los Andes. Administrador de empresas, Universidad Externado de Colombia. Especialista senior en formación profesional OIT-Cinterfor. vargas@ilo.org
- 2 Un cierto día de mis 17 años estaba feliz conversando con una compañera, antes del SIP, cuando las clases habían terminado, sería poco antes de las 6 pm, cuando el Sr. Velandia, el juicioso vigilante que impedía que nadie entrase después de las 8 am, con su voz fuerte y entrenada de viejos tiempos quizá militares, nos conminó a salir del salón y “dejar de enamorarse”.
- 3 Para los “millennials” aclaro que se trataba de una escuela a distancia en la que se podía aprender a reparar radios, TV y algunos otros menesteres como la mecánica automotriz, por correspondencia.
- 4 Perdón millennials, era una máquina reproductora de cintas de video, muy popular en Colombia en los 80 y parte de los 90.